

XXI Concurso Relatos Ilógicos

Semana Buñuel 2021 - 2022

EL PODER DE LAS PALABRAS

Érase una vez, una chica adolescente de unos 13, 14 años que vivía junto a sus padres y su hermano en una pequeña y antigua casa a las afueras de Lisboa, alejados del mundo urbano. Matilde era una joven muy diferente del resto. Era tímida y reservada, aunque siempre que podía ayudaba a los demás. Su piel era de un tono muy claro, y tenía un hermoso pelo pelirrojo y ondulado, unos ojos de color miel y una nariz puntiaguda. Sus mejillas estaban repletas de preciosas y rubescentes pecas. Su hermano era pequeño y travieso, le encantaba jugar con los animales de la granja y les daba de comer. Como Matilde era la mayor, le tocaba ayudar a sus padres con las tareas más costosas: limpiar los establos de los caballos, asearlos... A ella no le gustaba nada tener que realizar esas tareas, pero como sus padres estaban tan ocupados, no tenía otra opción.

Su pasión no era el campo, sino otra cosa que la diferenciaba del resto. Todos los días, Matilde tenía que coger el bus escolar que recogía a los estudiantes de distintos pueblos. El trayecto era muy largo. Salía de su casa a las seis y media de la mañana y volvía a las cinco. Siempre volvía muy cansada. En el viaje, observaba el paisaje tan bello que le rodeaba, repleto de pura naturaleza y animales, mientras pensaba en lo que más le apasionaba, la escritura. Su pasión por la escritura la heredó de su abuelo, un gran escritor que afrontaba los problemas de la vida escribiendo. Cuando ella nació, su abuelo no pudo acompañarle, ya que antes de que naciera murió muy joven por una enfermedad con la que llevaba años luchando. Minutos antes de fallecer dijo: - “mi mejor medicina es la escritura”.

Aun así, en su gran biblioteca dejó una enorme variedad de libros por los que Matilde había mostrado gran interés desde bien pequeña. Siempre que podía, sacaba un rato para poder leer sus insólitos y surrealistas libros.

Le encantaba tanto la lectura y la escritura, que siempre soñaba ser como su abuelo. Su rincón favorito de la casa era la biblioteca. Siempre que tenía tiempo pasaba horas y horas investigando y leyendo. Hasta se creó un apartado en la biblioteca donde guardaba los cuentos y relatos que escribía por su cuenta o que le mandaban en la escuela. Era una alumna ejemplar. Sacaba excelentes calificaciones y como era de esperar, sus disciplinas favoritas eran la lengua y la literatura. También influyó mucho en su pasión literaria su profesor de lengua, José León. Un gran profesor que le dio clase desde que era muy pequeña. Siempre creyó que Matilde tenía algo que le hacía diferente de los demás: su forma de ser, de actuar... Aún no lo supo adivinar, pero sabía que ahí había algo.

Un día, José León les mandó una tarea que consistía en escribir un cuento o relato surrealista en el que contaran su vida o anécdotas que les hubiesen sucedido. Durante el trayecto de vuelta a casa, pensó en muchas historias de cuando era pequeña, pero finalmente se decantó por una en la que convivía con su abuelo y pasaban horas y horas en la biblioteca escribiendo, riendo, hablando...

Al llegar a casa, realizó las tareas del campo que sus padres le tenían asignadas y luego se fue a la biblioteca para hacer los deberes. Se puso a escribir y cada vez se le ocurrían más y más ideas. Eran las diez de la noche y su familia la llamó para cenar. Ella no respondió. Su familia se inquietó porque llevaba más de 5 horas en la biblioteca. De repente, el hermano pequeño vio que de la rendija de la puerta salía un papel escrito y todos escucharon unos ruidos insólitos, a los que no les dieron ninguna importancia porque la casa en la que vivían era vieja y se oían ruidos habitualmente.

Cada vez el ruido era más y más intenso y se empezaron a asustar. Fueron en busca de Matilde para ponerse a salvo y al abrir la puerta... PUM! Toneladas y toneladas de hojas comenzaron a volar por toda la casa. Matilde no podía parar de escribir. Se había vuelto loca y estaba tan inmersa en su escritura que no escuchó a su familia. En unos segundos, su parcela estaba repleta de hojas escritas y un gran tsunami de palabras se acercaba al pueblo. Los paisanos se quedaron atónitos. La gran ola se llevaba por delante todo. En nada, las montañas, los bosques, los ríos se estancaban cubiertos por palabras que mostraban el gran cariño que tenía Matilde por su abuelo.

Los habitantes de su pueblo se reían y flotaban sobre las hojas, mientras que Matilde escribía y escribía sin cesar. No podía parar porque creía que estaba comunicándose con su abuelo, como había soñado en el bus de vuelta a casa. Tenía que contarle tantas cosas, sus sueños, sus penas, sus alegrías y... quería pedirle tantos consejos para su vida, la vida... Miles y miles de preguntas que buscaban respuestas.

Cada vez la ola era más alta y grande, pero más hermosa, entrañable e íntima. Se descubrían los secretos más profundos de Matilde, nunca desvelados por la gran timidez que padecía. Desde ese día, su familia reconoció la gran admiración y cariño que tenía Matilde por su abuelo: un amor unido por la escritura. La ola de hojas cesó cuando a Matilde se le acabaron las palabras para describir a su abuelo. Su última frase fue *“somos como la noche y el día, siempre cerca gracias a nuestros corazones, pero nunca juntos”*.

Desde ese momento, la ola dejó de cubrir la naturaleza y el pueblo, y todas esas preciosas palabras se grabaron para siempre en el corazón de su familia y, en especial, en el de Matilde y su abuelo.